

Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: librería española de Mellado, rue de Provence, núm. 42.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Apuntes biográficos: don Antonio Lopez de Santa Ana. — Impresiones de un viaje a Inglaterra, por don Alejandro Macariños Cervantes. (Conclusion). — Teatro de la guerra: el Danubio: las fortalezas. — Testamento de Pedro el Grande. — Album de Wilna y de Kiyow. — Una historia de bandidos, novela por Alejandro Dumas. (Continuacion). — Anuncio.

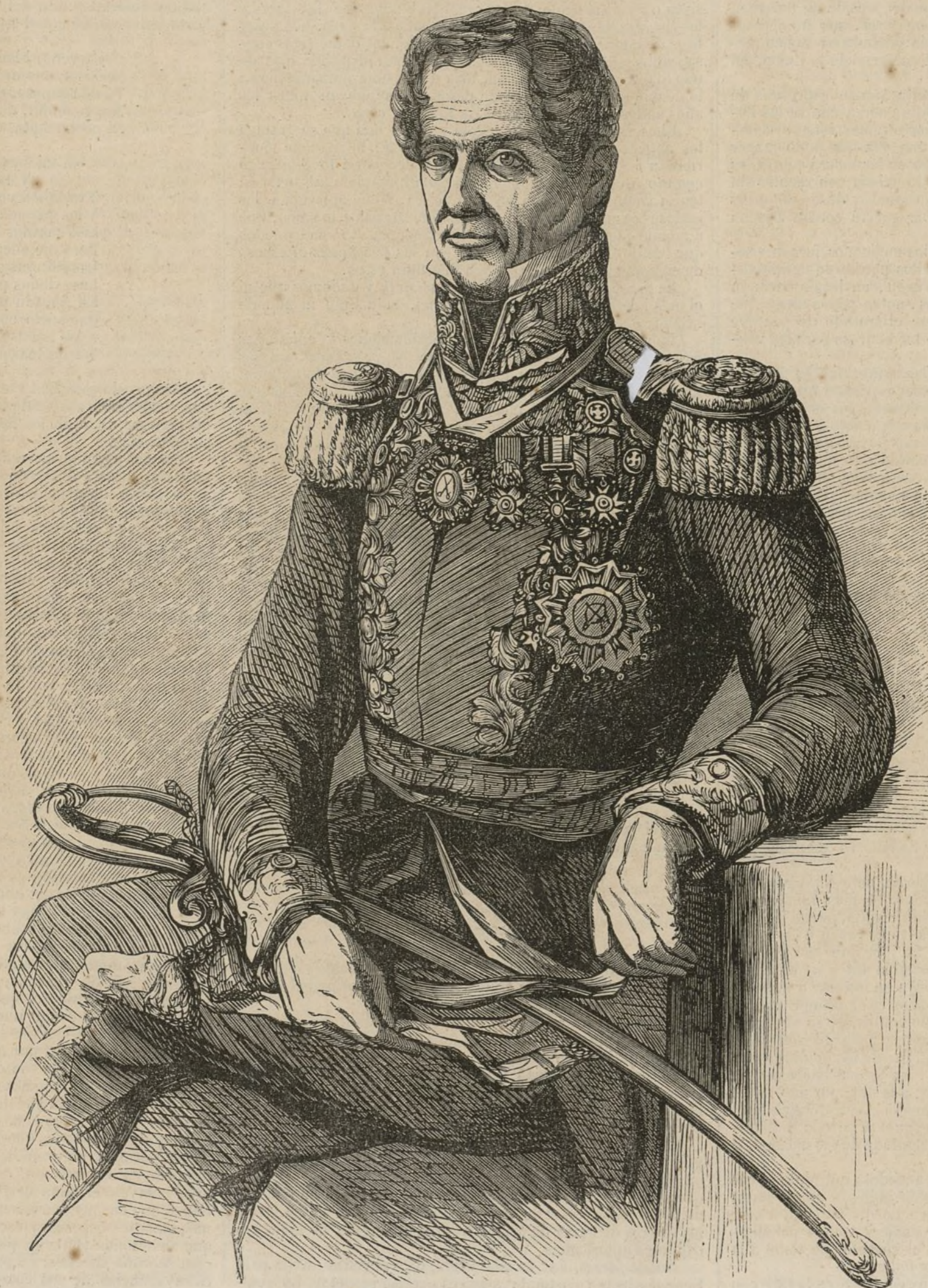
GRABADOS. Don Antonio Lopez de Santa Ana. — Calle y puerta de Ostrabrama: Rusia. — Iglesia de los Bernardinos en Wilna: Rusia. — Ecce-Homo y Mater Dolorosa.

Apuntes biográficos.

DON ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANA.

Este hombre turbulento, general de division y varias veces presidente de la república mejicana, parece que nació á fines del siglo último; pero no apareció en los anales contemporáneos sino en el fuego de los acontecimientos que señalaron el año de 1821. Despues de haber espulsado á los realistas de Vera-Cruz, fué nombrado comandante de esta ciudad, cuyo puesto perdió en noviembre de 1822; pero enarbó inmediatamente la bandera de la república, y dió principio á las hostilidades contra Iturbide, que mandaba el país con el título de emperador, cuyo resultado fué la caída de este último.

He aqui de qué manera describe don Lucas Alaman el carácter de Santa Ana, en su famosa *Historia de la revolucion de Méjico*. «La historia de Méjico desde el periodo en que ahora entramos, dice (1), pudiera llamarse con propiedad la Historia de las revoluciones de Santa Ana. Ya promoviéndolas por si mismo, ya tomando parte en ellas escitado por otros, ora trabajando para el engrandecimiento ageno, ora para el propio, proclamando hoy unos principios y favoreciendo mañana los opuestos; elevando á un partido para oprimirlo y anonadarlo, despues levantar al contrario, teniéndolos siempre como en balanza; su nombre hace el primer papel en todos los sucesos políticos del país, y la suerte de este ha ve-



nido á enlazarse con la suya, á través de todas las alternativas que unas veces lo han llevado al poder mas absoluto, para hacerlo pasar en seguida á las prisiones y al destierro. Pero en medio de esta perpétua inquietud en que ha mantenido incesantemente á la república, con toda esta inconsecuencia consigo mismo, por la cual no ha dudado sostener, cuando ha conveuido á sus miras, ideas enteramente contrarias á sus opiniones privadas; entre los inmensos males que ha causado para subir al mando supremo, sirviéndose de este como medio de hacer fortuna, se le ve tambien cuando los españoles intentaron restablecer su antiguo dominio desembarcando en Tampico en 1829, presentarse á rechazarlos sin esperar órdenes del gobierno, y obligarlos á rendir las armas, etc., etc.

Con efecto, siempre se ha observado en este hombre, que la idea de la ambicion ha regido sus diferentes opiniones. Su ambicion, no acomodándose con la nueva forma que se habia dado á la organizacion política de Méjico, no tuvo reparo alguno en ponerse á la cabeza del partido federalista. Batido y desorganizado por los años de 1825, se retiró sumiso á un dominio particular que poseía cerca de Jalapa, y allí permaneció en una aparente tranquilidad hasta el año de 1828, época en que se lanzó nuevamente en el foco de las luchas políticas que oprimian á su país.

Cuando llegó á entender que Pedraza habia sido elegido presidente, se adhirió decidido á la candidatura de Guerrero, el cual, despues de infinitas vicisitudes le nombró en 1829 ministro de la Guerra y general en jefe del ejército.

Cuando en 1830 llegó Bustamante al poder supremo, Santa Ana tornó á levantar el estandarte de la rebelion, y se afilió en el partido de Pedraza y derrotó el ejército que habia enviado el gobierno contra él el mes de octubre. El resultado de esta victoria fué que Pedraza conservó la presidencia de la república hasta el 1.º de abril de 1830; pero en las elecciones que se hicieron por el mes de marzo del mismo año, salió elegido Santa Ana presidente en reemplazo de Pedraza.

En esta sazón anduvo Santa Ana indeciso, flotando entre todos los partidos, y sin embargo, pudo alentar la reaccion

(1) Tomo V, pág. 686.

aristocrática. La inmediata consecuencia de esta estraña conducta, fué que el partido popular se pronunciase cada día con mas vehemencia contra Santa Ana, á pesar del imponderable prestigio que gozaba en el ejército, el que en diversas ocasiones le habia proclamado dictador.

Por último, Arista y Duran tomaron las armas contra el gobierno, pero fueron vencidos por Santa Ana en el mes de setiembre de 1855. Propagóse el rumor de que Santa Ana tenia evidentes intenciones de hacerse proclamar emperador, y con este motivo estallaron nuevas turbulencias, y en marzo de 1855 se sublevaron cuatro provincias, y por medio de una proclamacion solemne fueron nulos y revocados los poderes de Santa Ana. Pero el presidente de la república, con un teson digno de mejor causa, triunfó igualmente de este partido, que se llamaba el de los *reformadores de Zacatecas*: y viendo, en fin, que ningun obstáculo se oponia á la realizacion de sus proyectos, convocó á los suyos y se hizo proclamar dictador. No obstante, surgieron nuevas resistencias contra su autoridad. Los descontentos se reunieron en la provincia de Tejas, que se declaró abiertamente enemiga del usurpador.

A fines del año de 1855, tuvo comienzo una encarnizada guerra contra los tejanos, en la que Santa Ana no pudo salir tan airoso como en las anteriores, pues el año de 1856 fué hasta hecho prisionero; mas habiendo adquirido su libertad en 1857, tomó parte en 1858 en la defensa de Vera-Cruz contra los franceses, en cuya ocasion fué herido y perdió una pierna.

En 1841 fué nuevamente elegido presidente de la república, y después de numerosas alternativas de impopularidad y popularidad, gozó de un poder casi absoluto hasta el año de 1845, época funesta para su mando, que volvió á destruirle y le condenó á un nuevo destierro. Pero la imposibilidad de constituir un gobierno fuerte y de consolidar su poder donde se hallaban Herrera y Paredes, los dos presidentes que le sucedieron, unido al empezo de las hostilidades que se rompieron en 1846 entre Méjico y los Estados Unidos, la posicion crítica y embarazosa en que se encontraba la república, dió márgen á que se pensara de nuevo en Santa Ana, para salvar el país del peligro grave de que se veia amenazado.

Un movimiento de insurreccion que verificó el partido de Santa Ana, tuvo por resultado la caída del presidente Paredes, el llamamiento de Santa Ana. Sin embargo, sus numerosos abversarios le acusaron de que habia entrado en Méjico mediante ciertos pactos secretos con el gobierno de la Union, del cual se habia dejado corromper.

Los manifiestos en los cuales Santa Ana se espresaba de una manera equivocada en ocasion de la guerra contra los Estados Unidos, autorizaban hasta cierto punto estas desconfianzas y estas acusaciones; pero una vez que pudo juzgar de la profunda irritacion que escitaba en las masas contra los Estados Unidos, comprendió que alli existia con razon ó sin ella un sentimiento esencialmente nacional, y desde entonces se declaró ardiente partidario de la guerra contra aquella potencia.

Nadie ignora que en esta lucha los mejicanos fueron vencidos por el general Scott; pero si ellos perdieron definitivamente á Tejas y el territorio de Oregon, en litigio hacia ya mucho tiempo entre los dos pueblos, no se podrá negar que hubo habilidad en la defensa, y que el tratado de paz que terminó en 1848 esta larga guerra, fué honroso para los vencidos.

Desde entonces hasta nuestros dias, Santa Ana ha fluctuado entre un sinnúmero de contratiempos, hasta que el último movimiento popular sirvió de pretexto á los enemigos de Santa Ana para derribarlo de nuevo relegándolo á un destierro, donde ha permanecido hasta este mismo año que los mejicanos lo han llamado otra vez al mando supremo, acogiendo como á su único salvador. ¿Cuál será al fin el término de la borrascosa carrera de este hombre singular? ¿Cuál la suerte que está reservada á aquel hermoso país, presa por tantos años de la mas atroz anarquía?...

Impresiones de un viaje á Inglaterra.

(Conclusion).

XVII.

RESPECTO Á LA LEY.

La admirable manera y el orden como está organizada la policia en Londres, explican muchas cosas; pero ella seria insuficiente si el espíritu público no le prestase el mas franco y decidido apoyo.

El respeto á la ley es un artículo de fé en Inglaterra; que la ley sea antigua ó moderna, buena ó mala, eso nada importa. La obligacion de todo buen ciudadano es empezar por acatarla.

En este punto todos están de acuerdo, pobres y ricos, nobles y pecheros, liberales y moderados. El mas infeliz menestral, amurallado en la ley y en su derecho, puede habérselas con el mas poderoso lord, y si tiene razon ó la ley le favorece difícilmente se encontrará un juez que le condene.

«Esta confianza del pueblo inglés en la ley y su derecho, dice Texier, es sublime ó ridícula; raya en heroica ó imbecil. La grande y magnífica creencia de que es el primer pueblo del mundo, le consuela de sus padecimientos, de su abyeccion y miseria. ¡País singular el de Inglaterra! ¡país de contrastes y contradicciones! ¡suelo de libertad donde los hombres son esclavos! Las leyes mas liberales y los usos mas bárbaros (sin duda el autor se refiere al pugilato, á la ley que autoriza á vender las mugeres, etc.) ¡la edad media al lado del siglo XIX! De modo que segun el aspecto bajo el cual se mire la Inglaterra, se nos presenta como la mas adelantada de las naciones ó la China del Occidente.»

Este mismo escritor refiere una anecdota que pinta el carácter bonachon y confiado del pueblo inglés, á quien basta recordarle, cuando se irrita, el derecho de peticion ú otro equivalente, para que deponga su enojo y vuelva pacíficamente á su trabajo. Tan grande es el respeto que tiene á la ley... y al baston de los *constables* y *policemen*.

Hace cuatro años, los cartistas se reunieron en la City con

el objeto que todos saben y se encaminaron hácia el West-End. Diez ó doce constables colocados en el puente de Waterloo, bastaron para detener á doscientos mil descontentos. Ved como.

—¿Cuántos son vds.? preguntó el gefe de los constables.
—Somos doscientos mil, respondieron los carlistas.
—¿Que es lo que vds. quieren?
—Queremos pasar.
—La reina se opone. Idos de paseo al parque, si os agrada, pero no pasareis por *Waterloo-Bridge*.
—God... ya no tenemos el derecho de circular, de ir y venir donde nos acomode?...
—Lo teneis.
—Entonces....

—Sois demasiado numerosos hoy: vuestra aglomeracion puede ocasionar serios disturbios. Si teneis algo de que quejarnos peticionad.

Y aqui sin mas ni mas el constable y sus acólitos levantaron sus macanas, y comenzaron á descargar garrotazos á derecha é izquierda.... en nombre de la reina. Al cabo de veinte minutos no quedaba un solo cartista en *Waterloo-Bridge* ni en sus alrededores.

Los descontentos se habian refugiado á las tabernas inmediatas, donde apurando sendos jarros de cerveza, continuaron discutiendo pacíficamente acerca del derecho de circulacion y el de peticion; y ni siquiera se les ocurrió la idea de acercarse otra vez al puente á continuar su interrumpido diálogo y sabrosa plática con las macanas de los constables.

La insinuacion habria sido un poco brusca, es cierto, pero tambien los garrotes eran doce ó quince á lo mas, y los descontentos doscientos mil.... ¡parece increíble!

XVIII.

LAS CARRERAS INGLESES.

La afición de los ingleses á los caballos es bien conocida: la *horse-mania* es alli una especie de enfermedad endémica. Nosotros los americanos, y principalmente los del Rio de la Plata, no les vamos en zaga, en cuanto á afición, no así en la utilidad que sacamos de ella.

No ha faltado quien se queje, con un sentimentalismo un si es ó no es ridículo, de las crecidas sumas que los lores y los ricos gastan en mantener sus caballos de raza. Los pesesores de caoba, las mantas de terciopelo, los domésticos consagrados exclusivamente á su servicio, han inspirado mas de una filantrópica declamacion, mas de un epigrama ingenioso; lo mismo que los millares de pesos que se juegan todos los años en las célebres carreras de Epsom y otras.

El escesivo cuidado, el regalo y mimo con que se trata á los caballos ha irritado á los partidarios de la máxima fourrierista ó San Simoniana: *nadie tiene derecho á lo superfluo cuando alguien carece de lo necesario*: máxima tan bella en teoría como irrealizable en la práctica, y que aplicada á los ingleses respecto de sus corceles, demostraria á lo sumo, que á muchos de ellos mas les valdria haber nacido cuadrúpedos que hombres, á fin de compartir con sus semejantes el esceso de comodidades y ventajas que disfrutan estos.

La consecuencia es un poco *irracional*, y dudamos que ni el mas infeliz hijo de la Gran Bretaña, la acepte ni aun de broma, ó á beneficio de inventario.

Por supuesto que en estas declamaciones y epigramas hay mas envidia que caridad, porque los *parejeros* ingleses son tal vez, y sin tal vez, los primeros corredores del mundo. Luego, esas carreras que son una fiesta nacional y en las que pobres y ricos ganan ó pierden tantos miles de guineas, han servido de estímulo para fomentar y perfeccionar, lo mismo la raza caballar, que la vacuna y lanar. La emulacion se ha despertado entre los ganaderos, y en los dias marcados se disputan el honor de presentar el mejor caballo, el buey mas gordo, el mejor merino, etc. ¿Cuando veremos algo parecido entre nosotros? Aunque para conseguirlo pusiéramos pesesores de caoba y palisandro á nuestros corceles, mantas de terciopelo bordadas de oro, y animales en dos pies que les sirviesen, los beneficios que reportarian las especies que poseemos, su mejora y aumento de valor, el ensanche y progreso de la agricultura, y la mayor baratura de esos productos, como acontece en Inglaterra, el país de Europa donde se come mas carne, mejor y mas barata, no compensarian suficientemente ese *lujo escandaloso con seres irracionales*, en presencia de tantos miles de desgraciados que acuden á las carreras y á todas las fiestas públicas como los buitres al olor de los cadáveres, es decir, con intencion de destripar el mayor número posible de bolsillos?...

Consideradas bajo este punto de vista las carreras inglesas, donde no negaremos que tambien se ven algunas extravagancias, son una gran cosa. Penetremos en el fondo y dejemos la superficie á los espíritus vulgares. Examinemos los resultados que han producido, y no podremos menos de convenir que en esto como en todo se distinguen los ingleses por su espíritu práctico, utilizador y progresivo.

XIX.

PREOCCUPACION RAZONABLE.

Otra costumbre que tambien ha sido vivamente criticada, es la etiqueta que existe en dos ó tres de los principales teatros de Londres respecto del traje.

Yo tengo para mí que la decromacia nada tiene que ver con el aseo y la decencia, y que no hay motivo para escandalizarse ni gritar tanto.

La sociedad escogida que asiste á *Saint James Theatre*, al teatro de la reina (*her majesty theatre*) y á *Coven-Garden*, bien vale la pena de presentarse de tiros largos, ó en *toilette irreproachable* como dicen los franceses.

Hay alli un perfume tal de buena sociedad, son los palcos y la platea tan espléndidos, las encantadoras *lady's*, *miss* y *gentlemen* están vestidos con tanto lujo, elegancia y esmero, que seria un contrasentido y hasta un insulto presentarse en medio de ellos con el desgarró y *sans facon* que se estila en los teatros de Paris, de Madrid y probablemente de todas las capitales americanas.

Donde fueres, haz lo que vieres, dice el refran. Cada país tiene sus usos y costumbres que es preciso respetar. Lo con-

trario arguye mala crianza, cuando no insolencia y ridiculez.

El golpe de vista que ofrece el teatro es magnífico, y yo que tengo el defecto de mirar frecuentemente las cosas por su lado ideal y poético, confieso que simpatizo con esa buena costumbre inglesa, y que quisiera verla aclimatada entre nosotros, aunque se me acuse de *aristócrata* y *retrogrado*.

El traje ejerce una influencia mas grande de lo que generalmente se cree sobre nuestras ideas y sentimientos, y todo lo que contribuya á levantar el ánimo halagando nuestros instintos morales, tiene á mis ojos un mérito inapreciable. Por eso encuentro muy natural que para ir á ver y aplaudir la obra de un gran poeta como Byron, Calderon ó Corneille en compañía de la flor y nata de la sociedad británica y de la reina de Inglaterra, se ponga uno su mejor frac, y gaste un par de guantes blancos. Si á menudo se nos exige otro tanto en cosas triviales é insignificantes, si ninguna persona decente se atreve á presentarse mal vestida en el Prado de Madrid ó en el bosque de Bolonia, en el sitio, en los dias y horas escogidas por los aristócratas de la cuna ó el dinero, no alcanzo la razon de rebelarse contra esa ley social en un teatro inglés frecuentado por la *fashion*, y honrado por lo regular con la presencia de la muy alta y graciosa y simpática reina de Inglaterra.

XX.

LOS ÁNGELES DEL HOGAR.

La prosperidad de la Inglaterra depende tanto de sus instituciones como del carácter de sus hijos, y por consiguiente de la superioridad de sus mugeres. Nadie ignora que si los hombres hacen las leyes, las mugeres forman las costumbres, segun la bella frase de Mad. de Staël.

Las inglesas, no obstante, tienen fama de ser frias, sin gracia, ni imaginacion.

Por mi parte las he encontrado *divinas* en todos conceptos, y muy superiores en algunos á las demas mugeres del resto de la Europa. De América nada digo: podrian incomodarse mis hechiceras compatriotas, y el honor del pabellon es antes que todo. Conste que soy partidario y ciego apasionado de las orientales, de las argentinas, de las chilenas, de las peruanas, de las granadinas, y de todo el bello sexo del Sud de América y aun del Norte, aunque no participo del gusto *universal* de aquel ciudadano que decia:

«Morena, blanca, rubia, pelinegra,
Modesta, descarada, débil, fuerte,
Tímida esposa, descocada suegra,
Muger en fin, de toda casta y suerte
Mi pecho agita, el corazon me alegra.

«A mi me gustan las gordas
y las flacas,
Y las altas como estacas
Y las pequeñas tambien.
Las casadas son muy crudas,
Pero me encantan de veras;
Las solteras por solteras
Las viudas porque son viudas:
En fin, tan poco reparo
Que suelo embestir furioso
A las bellas por lo hermoso
Y á las feas por lo raro!»

Hecha esta salvedad y esta protesta, las lindas americanas y españolas me perdonarán todo lo que voy á decir de las inglesas. Otro día les llegará su turno á mis inolvidables compatriotas.

Blancas como la azucena, rosadas como el clavel, con un cutis tan suave y diáfano que permite ver circular la sangre á través de sus delgadas venas; con unos ojos azules en los que se transparenta el cielo; con unas cabezas artísticas, orladas de una cabellera color de ébano, de oro ó de fuego, —color predilecto para mí— y que tanto realce da á la imperial belleza de la emperatriz de los franceses; con un tallo de sílfide, con un sello de nobleza, de bondad y ternura impreso en la fisonomía; con unas manos pequeñitas y torneadas, manos de reina que invitan á estampar en ellas los labios en señal de vasallage; con una voz mas dulce y armoniosa que su frágil organizacion de sensitivas; aéreas, lánguidas, voluptuosas, apasionadas, ideales, parecen nacidas como Venus de la espuma del mar y de un trémulo rayo de su pálido sol. Al verlas pasar muellemente recostadas en sus espléndidos carruages, arrebatadas por la velocidad de sus normandos corceles, diríase que vuelan y que van á remontarse al cielo envueltas en una nube fantástica. Los encages y ligeras gaseas que flotan á su alrededor, son como las ténues, vaporosas alas que acarician dulcemente sus niveas espaldas de alabastro. Blancos cisnes, nacidos al arrullo de las olas, ostentan en su peregrina tez la brillante transparencia del nácar; en sus claros ojos el celeste purísimo de las nubes del cielo tropical, y en sus cabellos, sedosos, ondeados y lucientes, los visos y cambiantes de las aguas, confundidos con los áureos resplandores del horizonte, cuando el astro rey pronto á hundirse en el ocaso lanza muriendo sus postreros rayos, y tiñe de púrpura y ópalo la dormida faz del mar tranquilo, cual si al despojarse de su diadema, lo salpicara de diamantes, topacios y rubies....

En su mirada apacible, afectuosa, benévola é indulgente para el extranjero, que las contempla embelesado con avida curiosidad, con una especie de admiracion involuntaria, en esa mirada de serafín, reflexiva y serena, casta y ardiente á la vez, que penetra y se insinúa hasta el fondo del alma como una centella eléctrica, se lee la vaga melancolía, la calma, la inmensidad y la poesia del Océano!

Pero no es, no, la angelical belleza de las bellas hijas de la altiva Albion lo que mas les conquista las simpatías, el aprecio y cariño de los que buscan en la muger algo mas que los atributos físicos propios de su sexo. Son sus cualidades morales, es su modestia, es su instruccion sólida y religiosa arraigada en el alma desde la niñez. Mugeres semejantes tienen que ser necesariamente tiernas hijas, buenas hermanas, amantes esposas, y excelentes madres de familia el día que abandonen el techo paterno. Media hora de conversacion con una de ellas, reconcilia al extranjero con todas las extravagancias de sus compatriotas, con su frialdad glacial,

con su prosaismo insoportable y hasta con el clima infame de Inglaterra. Todo se olvida y se perdona desde que uno se aproxima á esos ángeles escapados del cielo, y está bajo el encanto de sus palabras. La pura atmósfera que las envuelve eleva el alma á otra esfera. Dios me perdone; pero me parece que á su lado el mismo infierno se convertiría en un paraíso.

Algunas son tan instruidas que saben perfectamente—no es broma—hasta el latín y el griego; y al verlas discutir sonriéndose con todo el aplomo de un profesor, sobre un distico de Virgilio ó Homero, siente el que tal ve un irresistible impulso de contestarles entusiasmado y absorto:

¡Ah! pour l'amour du grec souffrez qu'on vous embrasse!

Doblemos la hoja.... son tan puras, tan candorosas y tan bellas, que no quisiera ofenderlas ni aun con el pensamiento. Si estas líneas impresas llegan—como llegarán—á Londres, sentiría que alguien viese tal vez en ellas una alusión demasiado directa.

¡Salud, espléndidas flores de Occidente! ¡vosotras sois las mas valiosas joyas de ese pueblo tan rico y altanero; vosotras guardais en vuestro patricio seno, pura y sublime, para comunicarla de padres á hijos, como un depósito sagrado, la llama sacrosanta de las virtudes cívicas y privadas. Ellos son lo que son por vosotras, y vosotras sois la honra, el orgullo y la gloria de la Gran Bretaña!

XXI.

EPILOGO.

Concluyamos: este artículo es ya demasiado extenso, y no me agradaría que el lector se apercibiera de ello antes que yo.

En vano he querido condensarme y ser breve, dejando muchas cosas y tal vez las mejores en el tintero. Las ideas se agolpan, se suceden y encadenan con la rapidez del pensamiento, y allá van leves do quieren reyes, ó lo que es lo mismo, allá van cuartillas de papel adonde se le antoja á la imaginación.

Dicen que yo la tengo un poco viva y que me dejo arrebatar por ella: también añaden, con una severidad afectuosa, que nace de aprecio á mi pobre ingenio, según se explican mis aristarcos, que en asuntos serios suelo gastar á veces chanzas estemporáneas que producen muy mal efecto.

Eso han dicho algunos señores críticos en letras de molde, y yo les contesto riéndome irrespetuosamente á carcajadas de su peregrina observación, é incurriendo en el mismo feo pecado siempre que se me presenta ocasión. Soy incorregible.

No sé hasta qué punto ese cargo será fundado en el presente artículo: lo que sé es que escribo así porque no puedo hacerlo de otro modo. Tengo la necesidad de exaltarme ó abatirme, de reír ó llorar á medida que voy escribiendo, y la pluma para mí no desempeña otro oficio que espresar lo que siento con la rapidez que la idea brota en el cerebro y los nervios se dilatan ó contraen por una impresion de dolor ó placer.

Por eso rio como un loco en una línea, y á la inmediata me pongo mas serio que un monge de la Trapa. Esto escandaliza sobremanera á los señores críticos y á los pobres diablitos que gastan cuatro horas para escribir diez renglones, y pueden estar desde por la mañana hasta la noche sentados en una silla, tan serios como un pato, y tan graves y tiesos como si les hubiesen introducido... una barra de hierro á lo largo de la espina dorsal. ¡Infelices!

No saben que hay hombres que escriben con la rapidez con que hablan, y que no dan la menor importancia á un artículo, ni á dos, ni á veinte, ni á un libro entero, porque pueden hacer otro mejor ó peor el día que se les antoje.

El arte, el estudio, la meditación, son indispensables; pero la inspiración es lo principal. Quien sienta dentro de sí una chispa de ese fuego sagrado que como el fuego material.

«Ilumina su presa y la devora;»

conoce perfectamente que si la deja apagarse, ni volverá á encontrar después las mismas ideas, ni su obra tendrá esa unidad, esa lucidez, ese vigor y lozanía que no se encuentran jamás en las que se realizan solo á fuerza de trabajo, lima y martillo.

He dicho en otras ocasiones y repito ahora, que no escribo con ánimo de agradar á todos, sino al mayor número posible, y creo y creeré hasta que el público me pruebe con su desden á mis obras lo contrario, que el mayor número opina y siente como yo.

El estilo es el hombre, decía Buffon, y la variedad de emociones, añado yo, no es otra cosa que el reflejo de la misma naturaleza y de la sociedad. Aquí una llanura, allí una montaña, mas allá un arrenal, un pantano, una sierra, un río, un precipicio, un volcan... ¿que sé yo?... El mundo físico y el mundo moral, de qué se componen sino de contrastes? Esa es la razón porque el hombre fluctúa á menudo semejante á la pendola de un reloj, entre la risa y el llanto, según la bellísima comparacion del portentoso lord Byron.

«Man, thou, pendulum, between a smile and a tear.»

Henrado, franco y leal, como hombre privado y como escritor, hago estas advertencias al terminar este incompleto bosquejo sobre Inglaterra, para que se comprenda mejor el espíritu que ha guiado mi pluma, y no se le dé mas importancia que la que yo le doy, ni se me hagan cargos necios que rechazo desde ahora. Cuando se habla de un gran pueblo y se procede con lealtad y buena fé, cada uno tiene derecho de decir sobre él lo que mejor le parezca.

Concluiré protestando que hubiera deseado (y deseo ardientemente) haber podido permanecer en Londres algunos meses y consagrarme sobre aquel vastísimo teatro al estudio y examen de algunas cuestiones políticas, económicas y sociales de aplicación mas ó menos inmediata á nuestras repúblicas de Sud-América; pero... pero me falta tiempo, independencia y dinero; ó mas claramente me falta lo último, y por lo tanto me falta todo. El estudio, el tiempo y la independencia, vendrían por sí solos si no tuviese con harta frecuencia que emplearlos ó malgastarlos en trabajos tan es-

tériles como ingratos. Francamente, cuando Dios da al hombre una cabeza regularmente organizada, debería darle también la riqueza que prodiga á tanto imbecil.... Tenia razon don Alonso el Sabio: ¡si yo pudiese arreglar el mundo.... bueno andaría él!...

París, setiembre de 1855.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Teatro de la guerra.—El Danubio.—Las fortalezas (1).

«Tienen desde hace cerca de un siglo los países ribereños del Danubio, el triste privilegio de ser el teatro de la guerra en todos los conflictos entre Rusia y Turquía. Moldavia y Valaquia se encuentran actualmente ocupadas por los rusos, y Besarabia está amenazada de una invasion.

«Como la guerra puede estallar de un instante á otro, interesa conocer los parages mas principales y los hechos mas culminantes de las últimas guerras, á fin de apreciar las eventualidades de la que amenaza y que, si llega á encenderse, será sostenida por una y otra parte con encarnizamiento.

«Comenzaremos describiendo el curso y el valle del Danubio, porque aquí es donde se darán los primeros combates. Esta línea tiene grande importancia para ambos contendientes, á causa de las numerosas fortificaciones que se encuentran en ella, y de la facilidad de hacer los trasportes por agua. El Danubio es, según sabe todo el mundo, el mayor río de Europa: tiene su origen en las montañas de Wurtemberg, y atraviesa á Baviera, Austria y Hungría. Al llegar á Belgrado separa á Servia de los estados austriacos, y después, á contar desde Orschova, corre por tierra de Turquía, dividiendo á Bulgaria de Valaquia.

«Desde Orschova al mar Negro tiene el Danubio una extensión de doscientas leguas. En la margen derecha, es decir, en Turquía, se levantan diez y ocho plazas fuertes ó puntos fortificados que defienden los pasos del río, á saber: Orschova, Berza-Palanka, Forentino, Widdin, Arzul, Lom, Zibru-Palanka, Orcava, Nicopoli, Sistova, Rutschuk, Turtukai, Silistria, Rassova, Hirschova, Matschinn, Isatehi y Tulteha. Nos limitamos aquí á esta simple nomenclatura, reservándonos, si la ocasión se presenta, de dar pormenores acerca de cada una de estas plazas, del papel que han representado en las guerras, y de los sitios puestos por los rusos que han sostenido. Por ahora nos limitaremos á decir que las plazas mas importantes son Widdin, Rutschuk, Silistria, Matschinn, Isatehi y Tulteha, no porque sean grandes fortalezas, sino porque resguardan las bocas del Danubio.

«Antes del tratado de 1829, poseían los turcos en el bajo Danubio y en la margen izquierda, á Ismail en Besarabia y Brailóf en Moldavia, plazas ambas que han detenido á los rusos en las guerras precedentes, y cuya conquista les ha costado mucha sangre. Eran dueños asimismo en la orilla izquierda de la pequeña plaza de Giurgevo en Valaquia, que servía de cabeza de puente á la gran fortaleza de Rutschuk. Hoy, que no tienen ningun apoyo en la margen izquierda, debe consistir su táctica en mantenerse á la expectativa, observando cuidadosamente los movimientos del enemigo, á fin de poder disputarle el paso del río. Cuando en las campañas precedentes han atravesado los rusos el Danubio, no han tenido que vencer grandes obstáculos, porque los turcos no disponían de fuerzas suficientes. Tal vez pudiera no suceder lo mismo en lo venidero, porque Omer-baja tiene sobrados elementos para oponerse á una operación, que es la mas difícil y peligrosa de cuantas pueden hacerse en campaña.

«Se hace por este gran río, inmenso y activo comercio de transporte, y pone en contacto á Viena y á todo el resto de la Alemania con el mar Negro. En tiempo de guerra, los rusos hacen entrar en el Danubio flotillas compuestas de lanchas cañoneras, y de buques contruados ex-profeso en el arsenal de Sebastopol, y que llevan piezas de grueso calibre. Los turcos tienen tambien flotillas de barcas grandes armadas, que estacionan en los puertos del río bajo el cañon de las fortalezas para abastecerlas, llevarlas refuerzos, y ayudar en su defensa en caso de sitio.

«El curso del río entre Valaquia y Bulgaria se divide naturalmente en tres regiones: el Danubio superior, desde Orschova á Widdin; el Danubio céntrico, desde Widdin á Rutschuk y Silistria; el bajo Danubio, desde Silistria al mar. Antes de llegar á Orschova entra el río en una garganta estrecha, cuyas márgenes son escabrosas. La rapidez de la corriente es de legua y media por hora. Los barcos no pueden salir sino á remolque, y los de vapor lo consiguen con mucha dificultad. En la superficie del agua se ven enormes rocas, y por todas partes se tropieza con remolinos y escollos. El camino que pone en comunicacion por una parte á Servia con Bulgaria y por otra á Hungría con Valaquia, está abierto en las dos márgenes sobre rocas. El de la orilla búlgara fué construido en forma de escalera por el emperador Trajano, como lo atestigua una inscripcion que subsiste todavía en una peña. Pasado este desfiladero, el río se ensancha y camina con mas mansedumbre. Aquí forma una isla donde se levanta la fortaleza de Orschova, y que consiste en un rectángulo flanqueado por cuatro baluartes á la Vauban contruados en el siglo XVII por el general Tosca, veneciano, al servicio de Turquía.

«Debe tenerse presente que hay dos poblaciones del mismo nombre, situada la una frente de la otra. Alt-Orschova, ciudad austriaca situada en la frontera del Banado, y Orschova Nova, que es la ciudad turca. Cinco leguas mas abajo, enfrente de Tehernez, pueblo valaco, se ven las ruinas del gran puente de Trajano, cuyos pilares y cinco arcos que todavía existen revelan el atrevimiento y solidez de la obra. Las medidas tomadas en el espacio que existe entre los malecones de ambas orillas, dan un cuarto de legua de anchura, ó sea

(1) El JOURNAL DES DEBATS publica un resumen histórico-topográfico de las últimas guerras de Turquía con Rusia en 1810 y 1829. Como este trabajo es interesantísimo, y puede servir de guía, si llegan á estallar las hostilidades, hemos creído conveniente publicarlo. En las circunstancias actuales, la lectura de esta reseña es sumamente agradable.

1,050 metros, lo cual concuerda con la medida y los veinte arcos de que habla el historiador y senador Dion Casio, que escribió bajo el reinado de Alejandro Severo en el siglo III.

«Siguiendo el descenso del río, se encuentran unas especies de cataratas que dificultan la navegacion á la subida, aunque sin imposibilitarla. La primera fortaleza con que se tropieza es Widdin, cuya poblacion consta de 20,000 almas. Tiene la figura de un semicírculo, formando el Danubio el diámetro. Es un pentágono irregular y prolongado, flanqueado por cubos y contraflanqueado por cinco baluartes de bastante buena construcción. Esta plaza no ha sido jamás tomada por los rusos, aunque es verdad que nunca se han presentado en fuerza considerable por la parte del Alto Danubio.

«Nikopoli, ciudad mercantil, fué completamente destruida en 1841 por los rusos. Tenia entonces 20,000 almas. Algo se ha repuesto despues, y en el día tiene de 2,000 á 2,500 vecinos. Los turcos eran dueños en otro tiempo en la orilla valaca de la aldea de Turna con una cabeza de puente, y como es un paso importante para ellos, Omer-baja ha dispuesto construir algunas obras. Delante de Nikopoli, y cuando los turcos no eran todavía dueños de Constantinopla, fué donde Bayaceto I, llamado el Rayo, ganó en 1596 una gran victoria contra el ejército cristiano mandado por Segismundo, rey de Hungría y hermano del emperador de Austria. Este Bayaceto fué vencido seis años despues por el terrible Tamerlan en Angora, Asia Menor. El cruel sultan cayó prisionero, y habiendo sido encerrado en una jaula, se mató dándose de cabezadas contra las barras de hierro.

«La orilla derecha del Danubio es en general mas elevada que la otra, lo cual constituye una ventaja de posición para los turcos; pero hay intervalos en que el río ensancha, y su corriente está mas lejana de las alturas.

«Entonces no está ya defendido el paso por la configuración del terreno; pero en todos esos intervalos se elevan fortalezas, la mayor parte de construcción muy mediana, pero suficientes al menos para oponer por el pronto resistencia y servir de punto de apoyo ó de centro á un cuerpo de tropas destinado á embarazar el paso ó á maniobrar contra la retaguardia del enemigo, si se ha ejecutado el paso por fuerzas superiores. Si continuamos bajando el Danubio, encontramos en un punto de esa naturaleza la ciudad de Sistora, de una población de 10,000 habitantes y con una muralla flanqueada de torres. Esa ciudad, cuya población era doble en otro tiempo, fué tambien destruida casi enteramente por los rusos en 1811.

«Mas abajo Rutschuk, ciudad de 50,000 almas, habia sido destruida igualmente en la misma época, pero la ciudad ha sido reedificada, y las fortificaciones fueron reconstruidas con esmero por un sistema mas moderno, y aumentadas con muchas obras avanzadas que faltaban. Es una de las plazas mas fuertes de la línea del Danubio; verdad es que perdió á Guirgiew que la protegía sobre la orilla izquierda; pero ha conservado una isla en donde se han hecho fortificaciones nuevas.

«Turtukai ó Turtakran, que tiene enfrente en la orilla opuesta á la aldea valaca de Oltenitza, es un punto de paso de que se han apoderado muchas veces los rusos, y ante el cual tienen acantonadas en la actualidad numerosas tropas. Aquella ciudad de cinco mil almas está cerrada por una muralla (palanka) como todas las pequeñas poblaciones de Turquía, ninguna de las cuales está desprovista de murallas y torres. Turtukai tiene una gran importancia militar, porque el terreno no presenta allí obstáculos para establecer puentes de barcas, y aquella ciudad es cabeza de un camino que conduce al interior de la Bulgaria hacia Schumla por Rasgrad. Se asegura que Omer-baja ha hecho últimamente fortificar á Turtukai por ingenieros europeos, que son hoy bastante numerosos en el ejército turco.

«Silistria es una de las mejores plazas fuertes del Danubio. A pesar de las imperfecciones ya hoy corregidas, costó mucho á los rusos apoderarse de ella en 1829. El general Diebitsch, no obstante de haberse hecho dueño de Varna, no se atrevió á emprender su marcha sobre Andrinópolis antes de haber tomado á Silistria, circunstancia que demuestra bien la utilidad de las plazas fuertes de la línea del Danubio para los turcos, los cuales han tenido siempre en jaque á los rusos por espacio de doce á catorce meses.

«Debemos decir aquí de paso que las fortalezas nunca han impedido á un ejército atravesar un río. Siempre se ha pasado el Rhin cuando ha sido necesario, á pesar de una línea de plazas mucho mas fuertes que las del Danubio. Los rusos, en cada una de sus guerras sobre este último río, han podido pasarlo facilmente. Verdad es que los turcos nunca se han presentado con fuerzas suficientes para oponerse; pero aun cuando lo hiciesen, el enemigo puede hallar medio de sorprender el paso y flanquear las fortalezas. Pero en un pueblo guerrero como los turcos, cuyos habitantes todos acuden á las armas, no puede penetrarse en el interior del país, teniendo á la espalda plazas fuertes y enfrente un ejército: eso fué lo que obligó á los rusos en 1828 á sitiar tres plazas antes de continuar mas lejos sus operaciones.

«Pero volvamos al bajo Danubio: su anchura aumenta su rapidez disminuye, pero conserva todavía una celeridad de una legua por hora. Algunas leguas de Silistria el río, que hasta allí ha corrido de Oeste á Este, hace un gran recodo y se dirige hacia el Norte hasta la altura de Galatz, en donde vuelve á tomar la dirección del Este para desembocar en el mar Negro. La comarca que se encuentra entonces enclavada entre el Danubio y el mar, y cuya anchura es de doce á veinte leguas, la llaman los turcos Tartaria Dobrutscha, y depende del bajalato de Silistria. Partiendo de esta plaza, encontramos primeramente la aldea de Rassova, donde es impracticable cualquier tentativa de paso, á causa de los pantanos de la orilla izquierda, alimentados por las aguas del Bertscha. Aquí es donde el Danubio se acerca mas al mar. No hay arriba de doce leguas desde Rassova al puerto de Kustendje, plaza fuerte. Este istmo estuvo cerrado en otro tiempo á las incursiones de los darios por el *Vallum Trajani*, baluarte construido por este emperador, y precedido de un foso muy profundo que aun no está completamente terraplenado.

«Parece hoy demostrado, que el Danubio, antes de correr hacia el Norte entre Rassova y Galatz, se dirigía en otro tiempo de Oeste á Este, para ir á desembocar en la rada de Kustendje, y que las arenas aglomeradas le obligaron á cambiar de dirección.

«Mas allá encontramos la pequeña fortaleza de Hirsowa, bajo el cañon de la cual hay en tiempo de paz un puente de

barcas. Desde este punto hasta las bocas del Danubio y mas allá todavía, se descubre una vasta llanura baja y pantanosa, sembrada de lagos, el mayor de los cuales es el Rassein (antigua Halmyria). El pais parece confundirse en el horizonte con las grandes llanuras de la Besarabia, al Norte del Danubio, cortadas tambien por pantanos. Algunos caminos mal conservados sirven de comunicacion entre las aldeas y caserios. Por lo demas, la comarca es fértil: produce abundantes cosechas y alimenta numerosos rebaños de búfalos, empleados en las labores y trasportes.

Los fuertes de Matschin de Isatchi y Tultcha, próximos a las bocas del Danubio, son mas bien puntos de observacion que verdaderas plazas fuertes. Sirven para vigilar la orilla opuesta, para proteger las flotillas turcas y para hacer fuego en caso necesario a los embarcaciones rusas. La defensa de esta parte del Danubio se hallaba en otro tiempo asegurada por dos grandes fortalezas de la orilla izquierda: Ismail y Brahisof. Enfrente de Matschin se eleva en Valaquia la plaza de Brahisof que fué arrancada a los turcos por el tratado de Andrinópolis en 1829 y frente a Tultcha la de Ismail que sufrió la misma suerte.

En todas las guerras precedentes, estas dos plazas habian mucho tiempo contenido las invasiones y sostenido sitios que se han hecho memorables por la tenacidad de la defensa y por las pérdidas sangrientas de los rusos. Suvarof en 1790 perdió 13,000 hombres en el asalto de Ismail y allí fué pasada a cuchillo una poblacion de 53,000 personas de ambos sexos. Por la noche, sobre aquellos montones de cadáveres, dirigia a Catalina II este madrigal en forma de parte: «Soberana mia, Ismail se halla a vuestros pies.»

Suvarof era a un mismo tiempo un valiente soldado y un astuto cortesano.

Mas abajo de Tultcha el Danubio forma un delta como todos los grandes rios en su embocadura, y se precipita en el mar Negro por tres principales bocas, la de Kilia, la de Suline (Sunne Boghatzi) y la de San Jorge (Edrihs Boghatzi). El brazo de Suline es el único navegable en todo tiempo por los buques mayores. Pertenece a la Rusia, lo cual da a esta potencia la llave del comercio y de la navegacion de la mas grande via fluvial de Europa.

Terminemos con una consideracion que es aplicable a las circunstancias actuales; muchas personas parecen esperar a cada momento la noticia del paso del Danubio por los rusos, y aun por los turcos, segun los mas impacientes. Ahora bien, toda la comarca del Danubio se halla impracticable durante el invierno. Esto mismo sucederá durante el otoño de este año si la estacion se hace lluviosa por allí como por el centro de Europa.

El terreno es un suelo de aluvion muy movedizo que se abre profundamente con las lluvias. Los caminos y los senderos, que están descuidados, presentan un barro líquido y profundos baches. Entonces cesa enteramente el transporte de mercancías por tierra; en la buena estacion es muy activo entre Varna y Rustchuk; entonces un ejército no puede maniobrar a causa de los trenes enormes de artillería y de carros que lleva consigo.

Los únicos que entonces pueden sostener la campaña son los cuerpos francos de caballería, turcos y cosacos. En las precedentes campañas los rusos se retiraban a sus acantonamientos de Valaquia suspendiendo muchas veces los sitios y limitándose a dejar descubridores cosacos y guarniciones en la cabeza del puente o en las plazas de que se habian apoderado.

El Danubio, antes de dividirse para formar su delta, presenta una anchura de dos o tres kilómetros, cortada por islotes. Añadamos tambien que hiela casi todos los años. La Valaquia y la Bulgaria, aunque situadas bajo la latitud de la Provenza y la Toscana, tiene inviernos en extremo rigurosos, por no hallarse protegidas contra el viento glacial del Nordeste que les llega de los vastos terrenos de la Rusia y de las llanuras de la alta Asia.

El Danubio se hiela de cada seis inviernos cinco: el hielo dura desde el mes de diciembre hasta el mes de marzo; y cuando el deshielo, el pais está mas impracticable que nunca. Si, pues, la guerra ha de estallar necesariamente, no hay que esperar que las hostilidades puedan principiar antes de la primavera del año próximo.

Testamento de Pedro el Grande.

En las circunstancias actuales que tanto interés inspira la llamada *cuestion de Oriente*, nos parece que serán leídos con gusto los siguientes pasajes del testamento de Pedro el Grande, que copiamos simplemente como documento histórico; otro día referiremos algunas anécdotas de este soberano, a quien debe la Rusia toda su prosperidad y todo su poder.

«El gran Dios, a quien debemos nuestra existencia y nuestra corona, dice el czar Pedro I, habiendonos iluminado constantemente con su luz, y sostenido con su divino apoyo, me permite mirar al pueblo ruso como llamado por el porvenir a la dominacion general de la Europa. Fundo mi opinion en que la mayor parte de las naciones europeas han llegado a un estado de vejez próximo a la caducidad, o que por lo menos caminan rápidamente hacia ella; de ahí se sigue, que pueden fácilmente indudablemente ser conquistadas por un pueblo joven y nuevo, cuando este haya llegado a adquirir toda su fuerza y todo su desarrollo. Miro la futura invasion de los paises del Occidente y del Oriente por el Norte, como un movimiento periódico decretado en los designios de la Providencia, que regenerará del mismo modo al pueblo romano con la invasion de los bárbaros.»

Pedro el Grande recomienda en seguida a sus sucesores que se acerquen cuanto les sea posible a Constantinopla y a la India. El que reine en ellas, añade, será el verdadero soberano del mundo.

El testamento concluye así:

«Desmembrada la Suecia, vencida la Persia, conquistada la Turquía, reunidos nuestros ejércitos, el mar Negro y el Báltico dominados por nuestras escuadras, será necesario proponer separadamente y con discrecion, primero a la corte de Versalles y luego a la de Viena, el compartir con ella el

imperio del universo. Si una de las dos acepta, lo cual no puede dejar de suceder, por poco que se lisonjee su orgullo y su ambicion, es preciso servirse de ella para hundir a la otra, y luego derribar a su vez a la que sobreviva, empeñando con ella una lucha a muerte, cuyo resultado no puede ser dudoso, porque la Rusia posee ya como propio todo el Oriente y una gran parte de la Europa.»

Album de Wilna y de Kiyow.

La ciudad de Kiyow, situada en las márgenes del Dnieper, que nuestros geógrafos designan con el nombre de Kiev, era en otro tiempo el centro de las colonias meridionales de la antigua poblacion esclava, como Novogorad de las colonias septentrionales: poco a poco eclipsó a esta última y llegó a ser la metrópoli del naciente imperio. Cuando una princesa

como un trozo de platería, porque no presenta a la vista mas que oro, cinceladuras y piedras preciosas: diríase que se ha querido circunscribir todo lo posible el campo de la pintura. La muerte de la Virgen está ejecutada de la misma manera: el lecho de la agonizante, los ropajes de los personajes, las alas de los dos ángeles, las caras y la aureola de Cristo, son de oro: diamantes circuyen el lecho fúnebre, y adornan las aureolas con círculos radiantes. Los pies, las manos, y las cabezas, son los únicos en que el artista ha podido ejercitar su pincel. Lo que choca desde luego en las figuras de Cristo y de los apóstoles es su semejanza: todos tienen los cabellos y la barba de color rubio encendido, casi rojo, la nariz recta, la boca pequeña, los labios delgados, y los ojos idénticamente iguales. En nuestro concepto, ese tipo general no carece de belleza: en él se mezcla la dulzura con una espresion de ingenua nobleza. En la cabeza de la Virgen, fina y regular, se advierte menos la huella de la muerte, que la de una existencia casta y digna. La escena está compuesta con un estilo muy notable, y llamará la atención a cuantas personas conozcan nuestros monumentos cristianos. Jesus, acompañado



Calle y puerta de Ostrabrama: Rusia.

griega convirtió en 988, a la familia soberana que descendía del corsario Rurik, en esa capital fué en donde primero se propagó la fe cristiana. Con la nueva creencia, se llevaron a ella tres imágenes griegas, símbolos de la doctrina evangelica. M. Wilczyński ha hecho reproducir esas tres imágenes que tienen grande importancia, como objetos artísticos y como monumentos históricos: una de ellas representa a la santísima Virgen con el Niño, la otra la muerte de Nuestra Señora, y la tercera a San Nicolás. La Virgen tiene ese tipo; ese adorno bizantino y esas carnes un poco morenas tan conocidas de los aficionados al arte; una capucha envuelve su cabeza y la cubre casi toda la frente: el divino Jesus apoya la cara contra la suya, y alarga la mano derecha como para asirla el cuello. Ambas cabezas tienen mas belleza y mas armonía de la que habitualmente se observa en los rostros de los cuadros neo-griegos, y aun en los de Cimabue: se distinguen ademas por una espresion dulce y efectiva que no era conocida antes del renacimiento italiano. El resto de la obra, trages, aureolas, inscripciones y cuadro, puede pasar

de dos ángeles, ha descendido al lado de su madre para asistir a sus últimos momentos. La Santísima Señora acaba de espirar, el Hombre Dios ha recogido su alma, y la tiene en sus brazos, representada por una figurita envuelta en su ropaje. «La sostiene exactamente, como ella le llevaba durante su infancia: el esmero con que cuidaba de su cuerpo perecedero, se le devuelve a su esencia inmortal: recompensa con un beneficio celestial, el amor que le manifestaba sobre la tierra, y como en otro tiempo le habia dado el ser para la vida humana, la abre las puertas de la vida eterna. No sé si me equivoco, pero este modo de espresar el afecto recíproco de la madre y del hijo, y las relaciones no acostumbradas que su divino parentesco estableció entre ellos, me parecen llenas de infinita gracia y dulzura.» Estas palabras que tomamos de Mr. Alfredo Michiels, terminan, en sus *Estudios sobre la Alemania*, la descripción de un bajo relieve del siglo XIV. Se ve, pues, con que constancia ha sido seguido el estilo bizantino durante toda la edad media.

San Nicolás, pintado de la misma manera, y no menos

habilmente adornado en su traje que los personajes precedentes, tiene un libro en la mano izquierda, y con la derecha, según el método griego, bendice á Jesús y á la Virgen, de dimensiones mucho mas pequeñas, que aparecen inmediatos á él, rodeados de nubes: el primero lleva las tablas de la ley, y la segunda un filacterio, cubierta la cabeza con un magnífico gorro ó bonete, San Nicolás tiene la tez oscura como las vírgenes bizantinas, y su barba, bigotes, párpados y cejas blancas producen un efecto singular en su rostro casi atezado.

Después de estos tres curiosos monumentos del siglo X, el album de Kiyow nos ofrece uno de mayor importancia, sino por su valor intrínseco é histórico, al menos por sus dimensiones. Es la copia de un vasto mosaico bizantino, de la primera mitad del siglo XI. Representa á la Virgen, pero en una actitud que jamás se la ha dado en Occidente. De pie sobre una tablita, que sin duda figura la parte superior de un pedestal, tiene los dos brazos estendidos y levantados. Ese ademán que no deja de producir efecto, carece tal vez de cla-

comprende terrenos cultivables, y al pie de las murallas hay una aldeita, que baña un riachuelo.

El album de Wilna, provincia en donde reside M. Wilczyuski, contiene un número de estampas mucho mayor. Admirase en él la iglesia de Santa Ana, obra maestra del renacimiento, que Napoleon sentia no poder trasladar á París. Para que nada entorpeciese la construcción, y para que cada pieza tomase sin trabajo la forma necesaria, se hicieron moldes especiales para los ladrillos que debían emplearse en el gracioso edificio.

La calle y la puerta de Ostrabrama, deben contarse entre las vistas mas curiosas de esta brillante colección. En la calle, se ven hombres, mugeres y niños arrodillados delante de una capilla, y esa humilde actitud en la vía pública, nos manifiesta la fuerza de las creencias religiosas al otro lado del Niemen. Sin embargo, se aparta bien pronto la atención de la multitud que ora, y se examina con interés trágico la puerta y la calle misma. Aquel fué el camino que tomó el grande ejército para ir á Moscou; millares de hombres pasaron triun-

Nos contentaremos, pues, con hacer mencion de un casco de prodigiosa magnificencia. Al derredor se desencadena una batalla frenética, y la historia de Judit ocupa la parte mas elevada: jamás hemos visto una arma mas brillante.

Una serie de láminas nos hace conocer las pintorescas cercanías de Wilna. Aquí, en medio de una isla, se alzan las ruinas del palacio ó castillo de Kokenhusen, como un recuerdo de los antiguos dias, y las impetuosas olas del Diina las circuye con una faja de espuma: allí, una cabaña, especie de quesería rusa, eleva su doble techo entre una arboleda, e inspira pensamientos bucólicos: mas lejos, los restos del fuerte de Ostrogne ostentan sus almenas, sus viejos torreones, y sus paredes bamboleantes, á los poéticos rayos de la luna. Recorrer los albums de M. Wilczyuski, es hacer sin trabajo y sin locomoción un viaje delicioso: es remontarse á tiempos que ya no existen, y recorrer sitios ignorados, que la naturaleza adorna con gracia imperecedera.

Desgraciadamente este viaje no será permitido á todos M. Wilczyuski no ha querido destinar al comercio ninguno de



Iglesia de los Bernardinos en Wilna: Rusia.

ridad. La madre de las misericordias, tiende los brazos á los pecadores, como á hijos extraviados. Quiere devolverlos el amor al bien, estrechándolos contra su pecho, y encaminarlos en seguida hacia Dios, purificados por el arrepentimiento. Tiene la cabeza descubierta, y suelto el cabello, lo que da lugar á presumir si en aquella época se indicaba de ese modo que habia pasado de la condicion terrestre, á la paz bienaventurada de los justos. Lo hermoso de su ropage hace pensar en los trages antiguos, y prueba que las tradiciones del arte griego se conservaban en el imperio bizantino. Este cuadro adorna la iglesia de Santa Sofía en Kiyow, en donde se han prodigado los adornos en mosaicos: toda la cúpula brilla con esas magnificas incrustaciones, y otras muchas partes del edificio ostentan el mismo lujo. El emperador de Rusia ha mandado que se cuide con mucho esmero de la conservacion de esas preciosas imágenes, y ha manifestado igual solitud por los frescos del siglo XI, debidos á artistas de Constantinopla. Ningun objeto artístico, ó de antigüedad le es indiferente, pues sabe que hacen penetrar la instruccion en el ánimo por medio de los ojos.

Las demas láminas que forman el album de Kiyow, representan una Virgen del siglo XVIII, y paisajes y pueblos de la Podolia y de la Wolhyia. Uno de estos últimos, nos muestra una fortaleza inmensa atravesada por un torrente: el recinto

falmente por debajo del arco sin preveer el fin desastroso que les esperaba. De pie junto á la puerta, la muerte contaba ya sus victimas, como un pastor cuenta los carneros que se dispone á vender. ¿Cuántos de aquellos heroicos soldados sobrevivian á sus hermanos algunos meses mas tarde? La division del mariscal Ney, compuesta de cincuenta mil hombres cuando pasó la frontera rusa, no contaba ya mas que doscientos cincuenta cuando llegó á Dantzick!... Y aun para eso debemos añadir, que ciento de aquellos desgraciados iban en carretas porque no podian moverse.

La iglesia de los Bernardinos en Wilna, que encierra el monumento fúnebre del principe Radziwill, fijará indudablemente las miradas de los anticuarios. Está construida por el estilo gótico de la decadencia, y prueba que la arquitectura cristiana de la Europa habia penetrado á fines del siglo XIV, ó á principios del XV, en esas remotas provincias, en donde las costumbres y las artes de Constantinopla habian reinado por tan largo tiempo, con los principios de la comunión griega. Un viril de oro cincelado, de gusto ogival, y otro mas moderno, son todavía objetos de estudio. ¡Hablaré de las cruces, de los ornamentos sagrados, de los copones y de los resplandecientes anillos! Preciso es tener á raya nuestra curiosidad sino queremos que nos arrastre á traspasar los estrechos limites de un artículo, y nos haga caer en un catálogo.

sus albums: no ha mandado tirar mas que un corto número, y los ha entregado á los aficionados. El que no sea apasionado no puede obtenerlos, aunque ofreciese en cambio los tesoros de las Mil y una noches. Los que no gusten de abandonar sus hogares, no tendran otro medio de satisfacer su curiosidad, que pedir esas espléndidas colecciones en la Biblioteca nacional.

Una historia de bandidos.

II.

(Continuacion.)

Ahora vos podeis dormir, continuó Jacomo; yo haré la guardia por todos, y os despertaré cuando sea tiempo de partir, es decir, á las dos de la madrugada.

A estas palabras todos se arreglaron para pasar la mejor noche posible; y tal era la confianza de estos hombres en su jefe, que cinco minutos despues, todos dormian tan tranquilamente, rodeados de enemigos, como si se hubieran acos-

tado en Terracina ó en Sonnino. Solo María quedó inmóvil y sentada en el sitio donde había escuchado la relación.

—¿No procuras descansar, María? la dijo Jacomo con acento dulce.

—No estoy cansada, respondió María.

—Una vigilia demasiado larga, podría hacer mal á tu hijo.

—Voy á dormir.

Jacomo estendió su capa por el suelo: María se colocó encima de ella, y mirándole luego con timidez:

—¿Y vos? le dijo.

—Yo, le contestó Jacomo, voy á buscarme un paso por medio de esos condenados de franceses: quizá no conocerán tan bien la montaña, que hayan guardado todo los desfiladeros. No podemos permanecer eternamente sobre esta roca, y si debemos abandonarla, cuanto mas pronto será mejor.

—Pues entonces voy á seguirlos, dijo María levantándose. El bandido hizo un movimiento. Ya sabéis continuó María con viveza, cuan seguro tengo el pie, exacta la mirada y la respiración ligera: os suplico que me deis acompañaros.

—¿Temeis acaso que os haga traición?... Cuando mis hombres tienen confianza en mí, ¿seriais capaz de dudar?

Dos lágrimas silenciosas corrieron por las mejillas de María: el bandido se aproximó á ella.

—Pues bien, venid, pero dejad ahí el niño: podía desperdarse y llorar.

—Idos solo, le contestó María volviendo á acostarse.

El bandido se alejó, y María le siguió con la vista mientras pudo distinguir su sombra: luego, cuando hubo desaparecido por detrás del peñasco, exhaló un suspiro, inclinó la cabeza sobre el niño, cerró los ojos como si durmiese, y todo volvió á quedar en silencio.

Dos horas después se oyó un ligero ruido hacia el lado opuesto al que se había marchado Jacomo. María abrió los ojos y reconoció al bandido.

—¿Y bien, le dijo con ansiedad, al descubrir á pesar de la oscuridad de la noche, la sombría expresión de su semblante: ¿qué hay?

—Hay, respondió el bandido arrojando á sus pies la carabina con el mayor enojo, hay que por fuerza hemos sido vendidos por los aldeanos ó los pastores, porque en cada uno de los pasos han colocado centinelas.

—¿Con que no hay medio alguno de bajar de este peñasco?

—Ninguno: como sabéis, por ambos lados se halla cortado á pico y á menos que las águilas que hacen en él sus nidos no nos presten sus alas, no hay que pensar en tomar ese camino: y como os he dicho, por ninguna otra parte hay medio... ¡Franceses malditos! ¡Ojalá seais quemados durante toda la eternidad, como paganos que sois! El bandido arrojó el sombrero junto á su carabina.

—¿Pues entonces que hemos de hacer?

—Permanecer en este sitio, porque aquí no nos han de venir á buscar.

—Pero nos moriremos de hambre.

—A no ser que Dios nos envíe el maná, lo cual no es probable; pero tanto vale morir de hambre como ahorcado.

María estrechó á su hijo entre sus brazos y lanzó un suspiro que se asemejaba á un sollozo. El bandido dió una patada.

—Acabamos de tener una buena cena, dijo, y todavía tenemos una excelente comida para mañana: por el momento nos hallamos con todo lo que nos hace falta: así durmamos.

—Ya duermo, dijo María.

El bandido se acostó junto á ella.

Jacomo tenía razón: había sido vendido, no por los aldeanos ni por los pastores, sino por Antonio, uno de los suyos, que como ya hemos dicho, había sido hecho prisionero durante el combate, y que se había librado del dogal prometiendo entregar al jefe de la cuadrilla. Comenzó á cumplir su promesa colocando por sí mismo las centinelas con que había tropezado Jacomo.

Sin embargo, el coronel que mandaba la pequeña columna, había hecho encerrar á Antonio con buena guardia, por que para que éste se librara completamente de la cuerda era necesario que Jacomo fuese ahorcado, y el coronel era un hombre demasiado prudente para dejar en libertad á su prisionero antes de tener á alguno en su lugar. Algunos minutos antes de ser de día, le hizo, pues, llevar entre dos soldados para ver con él si los bandidos no estaban ya en la cima de la montaña. Si no estaban en ella era indudable que los centinelas habían sido mal colocados, y en su consecuencia, Antonio, que se había encargado de aquella operación era un doble traidor, que merecía ser ahorcado dos veces. Semejante dilema militar no tenía replica; pero Antonio se había sometido á él del mejor modo posible. Se presentó, pues, delante del coronel con la tranquilidad de una buena conciencia, porque había sido tan leal en su traición, que estaba perfectamente seguro de que sus antiguos camaradas no habían podido escaparse.

Aparecieron los primeros rayos del sol iluminando la cima de la roca, y como los barrancos en que vivaqueaban los soldados franceses estaban todavía cubiertos de sombra, se hubieran dicho que un fuerte incendio devoraba aquella cima ardiente como la del monte Sinai. Poco á poco, y á medida que el sol iba elevándose en el horizonte, disipaba la sombra: torrentes de luz reflejaban las laderas del coloso de piedra, y despertaron en sus nidos á las águilas, que lanzándose por los aires como si se hubiesen retrasado mucho, estendían sus alas y se perdían entre las nubes: de cuando en cuando, las brisas marinas pasaban cargadas de un húmedo perfume, y se estrellaban gimiendo en los abetos y alcornoques que cubrían el pie de la montaña. Entonces aquellos árboles se encorvaban graciosamente, se volvían á levantar y á inclinarse, produciendo ese murmullo que es el lenguaje que los bosques hablan entre sí. En fin, toda la montaña se despertó, se animó y pareció vivir: solo la cima estaba silenciosa y desierta.

Sin embargo, todos fijaban sus miras en ella: el mismo coronel, con un anteojo en la mano, no la perdía de vista, mas al cabo de una media hora se cansó de mirar, y dando con la palma de la mano, un golpecito en la punta del anteojo, que hizo volver á entrar los tubos unos en otros, se volvió hacia Antonio diciéndole únicamente estas palabras:—¿Y bien!...

La palabra es un instrumento maravilloso segun el que la emplea, y la ocasión en que se sirve de ella: se acorta ó se alarga, hierve como una ola ó susurra como un arroyuelo, salta como un tigre ó se arrastra como la serpiente, sube á las nubes como la bomba, ó desciende del cielo como el relámpago.

pago: un orador necesita todo el discurso para desenvolver su opinión, al paso que á otro le bastan dos palabras para hacer comprender su pensamiento.

A esta última escuela de elocuencia, pertenecía al parecer el coronel: porque, como ya hemos dicho, no pronunció mas que dos palabras; pero dos palabras tan bien colocadas, tan llenas, tan sencillas y tan sonoras, que el pensamiento interesado en comentarlas, no tenía mas que abrirlas para encontrar en ellas esta sentencia: Antonio, amigo mío, sois un malvado y un perillan que os habeis burlado de mí, y que habeis creído salvar vuestro cuello contándome fábulas: pero yo no soy hombre que me deo sorprender con vuestras añagazas, y como no habeis cumplido vuestra promesa, y los bandidos vuestros camaradas se han escapado durante la noche y nos vamos á ver obligados á seguirles la pista como podémos, lo cual es muy humillante para unos soldados, vais á ser ahorcado en el primer árbol, mientras que yo me voy á almorzar.

Antonio, que era un mozo de mucha capacidad y de juicio muy sano, comprendió que aquellas dos palabras querían decir todo eso. Así fué, que bien por lisonja, ó porque perteneciese de hecho como adepto á la misma escuela de que el coronel parecía ser uno de los jefes, estendió la mano, y á aquellas dos palabras contestó con una sola: *Esperad.* (*Aspettate*).

En efecto, el coronel se separó sin dar la orden terrible con que había amenazado á Antonio, y éste permaneció en el mismo sitio, fijos los ojos en la montaña con una perseverancia y una inamovilidad, que le hacían parecer una estatua. Al cabo de dos horas volvió el coronel, sacó otra vez su anteojo, le dirigió hacia la cima del peñasco, y dió un golpe en el hombro á Antonio, que aunque no se había vuelto al acercarse, le reconoció por el ruido de sus pasos.

Antonio se estremeció como un hombre sin dinero á quien presentan una letra de cambio, pero casi al punto asió con la mano izquierda el brazo del coronel, estendiendo la derecha hacia un sitio de la montaña, dijo con una expresión indefinible: ¡allí! ¡allí!

—¿Qué! dijo el coronel después de mirar con su anteojo.

—¿No veis, le contestó Antonio, la cabeza de un hombre en el ángulo de aquel peñasco que se asemeja á una columna? ¡Mirad! ¡mirad! y agarró la cabeza del coronel con ambas manos, la hizo girar como una veleta, y tomando al mismo tiempo su anteojo dirigió su tubo hacia el punto que tanto le interesaba el hacer notar.

—¡Bah! contestó el coronel divisando el objeto señalado, y después de dos minutos de observación bajó el anteojo diciendo:—Si, es un hombre, pero quien me asegura que no sea un pastor, que ande buscando alguna cabra que se le haya perdido.

—¿Cómo! dijo Antonio dando un salto, ¿pues no veis su sombrero puntiagudo, sus cintas que flotan y ondean, y su carabina que brilla? ¡Mirad, ahora se inclina para ver si puede bajar al precipicio. Es el mismo Jacomo, porque detrás de él se ve á María. ¿Lo veis ahora? ¿lo veis?

El coronel volvió á preparar su anteojo con mucha calma, y luego sin apartarse de los ojos:

—Si, sí, yaveo, dijo. Vamos, comienzo á creer que no serás ahorcado: aquella creencia agradó en extremo á Antonio, hacé venir al cirujano mayor, prosiguió el coronel. Y volviéndose luego hacia Antonio, le dijo: ¿qué encontrarán que comer en ese peñasco?

—Nada, le contestó Antonio.

—De modo, que si no consiguen escaparse, ó se rendirán ó tendrán que morir de hambre.

—Sin duda alguna.

—Doctor, ¿cuántos días puede vivir un hombre sin comer?

Al que dirigían esta pregunta era un hombre grueso, pequeño y redondo como una esfera, á la que un estudiante, por divertirse, hubiese añadido una cabeza y unas piernas: en fin, el hombre que parecía menos á propósito para resolver por experiencia semejante cuestión: así fué que pareció estreñecerle hasta las entrañas.

—¿Sin comer? coronel, respondió con terror, ¿sin comer? Un hombre que observe un método de vida arreglado, no debe dejar transcurrir de una comida á otra mas que cinco horas cada día: en cuanto al vino que debe beber, coronel, varía segun los temperamentos y las edades.

—No os pido un método higiénico, solo os hago una sencilla pregunta de la ciencia. Tranquilizaos, doctor, vos no estais personalmente interesado en este negocio.

—En el momento en que vos me deis vuestra palabra de honor, coronel.

—Os la doy.

—Pues bien, os diré que en el sitio de Génova, en donde tuve ocasión de hacer una multitud de esos experimentos, vi, que por término medio, no puede soportar la privación total de alimento, mas que de cinco á siete días.

—¿Con que os hallasteis en el sitio de Génova? dijo el coronel.

—Sí, contestó el cirujano con la mayor indiferencia.

—¿Y cómo pudisteis con vuestro prudente y habitual método sobrellevar tantas privaciones?

—¡Oh! contestó el doctor, yo pertenecía á aquel famoso regimiento que desde que comenzó el hambre tomó el partido de comer austriacos, y no sufríamos mucha escasez.

—¿Y eso era bueno? continuó el coronel sonriéndose.

—No era del todo malo, replicó con gravedad el doctor: como reciben regularmente la (*schlaque*) una vez por día, eso los pone mas blandos ó tiernos.

—Pues bien, dijo el coronel, aguardaremos á que se rindan ó se mueran de hambre. Gracias por vuestras noticias, doctor. ¿Quereis comer conmigo?

—Con mucho gusto, coronel.

Julian, dijo el coronel volviéndose hacia su asistente, id, y advertid á mi cocinero que hoy comen conmigo cuatro personas mas.

En consecuencia de las seguridades dadas por Antonio y de los datos suministrados por el doctor, el coronel se contentó con mandar á sus oficiales que redoblasen la vigilancia. En seguida volvieron á ofrecerse tres mil ducados al que presentase en el campamento la cabeza de Jacomo.

Así pasaron ocho días. Todas las mañanas, el coronel recorría los puestos avanzados para ver si los sitiados se habían rendido: luego volvía á su observatorio, encaraba su anteojo á la cima de la montaña, y divisaba algunos bandidos

sentados y con las piernas colgando sobre el precipicio, ó tomando el sol. Entonces mandaba llamar á Antonio, que le decía: juro á vuestra escelsencia, que á menos que coman yerba como los conejos, ó arena como los topes, no comprendo de que puedan alimentarse. Luego mandaba que se presentase el doctor, el cual le respondía: coronel, será mañana indefectiblemente: el cuerpo humano no puede soportar la falta total de alimento mas que de cinco á siete días, y mañana se rendirán ó morirán de hambre. Vamos á almorzar, coronel.

El día duodécimo, el coronel perdió la paciencia, hizo que se presentase Antonio, como de costumbre, y envió también á buscar al cirujano. Pero aquella vez dijo al bandido, eres un bribon; y al doctor, sois un imbécil; luego envió á éste arrestado, y á Antonio le insinuó que pensase en su alma, si acaso creía que la tenía. El doctor obedeció con la obediencia pasiva de un militar esclavo de la severidad de la ordenanza; pero Antonio llamó al coronel que se alejaba:

—Coronel, le dijo, cuando me hayais hecho ahorcar no habeis adelantado nada, y eso no hará rendirse ó morir un día antes á los que están allí arriba, porque por fuerza han encontrado algun recurso desconocido para vos y para mí. En cuanto á dar el asalto, me parece que no pensáreis en ello, porque con solo echar á rodar piedras, que no escasean en la montaña, destrozarian á un ejército, y vos no teneis mas que un regimiento. Escuchad: si yo me hallase en vuestro lugar, coronel, y os hablo con la sangre fría de un hombre que ha visto con frecuencia la muerte, que la disputa sus días, es cierto, pero que no la teme, si me hallase en vuestro lugar, repito, procuraria saber por qué sortilegio esos hombres han vivido sin alimento sobre la pelada cima de ese peñasco aislado; quisiera saberlo aunque no fuese mas que para mi satisfacción personal, y en circunstancias idénticas emplear el mismo recurso. Me obstinaria en ello, y como no podría saberlo mas que por un medio, le emplearia.

—¿Y cuál sería ese medio?

—Diría á ese Antonio, cuya muerte me es inútil y cuya vida pudiera serme preciosa: vas á jurarme por la sangre de Cristo estar aquí de regreso dentro de ocho días, y le pondría en libertad.

—Y durante esos ocho días, ¿qué haría Antonio?

—Iría á reunirse con su antiguo jefe, le diría que se había escapado de las manos del verdugo, y que volvía á morir ó vivir con él. Durante esos ocho días, Antonio sería muy torpe ó Jacomo demasiado diestro, si el primero no descubría el secreto del último. Luego que estuviese descubierto, volvería á decirselo al coronel, que segun su promesa, le dejaria libre.

—¿Y si no descubría el secreto de Jacomo?

—Volvería á entregarse en manos del coronel, que segun su amenaza, le mandaria ahorcar.

—Queda concluido el convenio, dijo el coronel.

—Y aceptado, respondió Antonio.

—¿Tu juramento?...

Antonio sacó de su pecho el pequeño relicario que todo napolitano lleva tan devotamente en él, y que en lengua vulgar del país se llama *abbitiello*, y dándosele al coronel, estendió la mano por encima y dijo: juro por este relicario bendecido en la iglesia de San Pedro de Roma el sagrado día de Ramos, volver de aquí á ocho días á entregarme prisionero, haya sorprendido ó no el secreto de Jacomo.

El coronel trató de devolverle su relicario, pero Antonio lo rechazó.

—Guardad esa prenda, le dijo, y si dentro de ocho días á esta misma hora no hubiese vuelto, tomad ese relicario por testigo de mi perjurio, arrojadle al fuego, y las mismas llamas que le quemen me devorarán durante toda la eternidad.

—Ese hombre se halla en libertad de ir á donde quiera, dijo el coronel.

Aquella misma noche, Antonio estaba reunido con sus antiguos camaradas: Jacomo, que le creía muerto ó ahorcado, le quería como un padre á su hijo. Antonio refirió su evasión, todos le creyeron, y luego cuando hubo concluido:

—Es lástima que llegues tan tarde, le dijo Jacomo, habriais comido con nosotros.

Antonio contestó que había comido antes de fugarse, que por consiguiente no tenía hambre, y que podría esperar perfectamente hasta el día siguiente. Además, añadió, el alimento no debe estar aquí muy abundante, y por lo tanto, hasta mañana no comenzaré á compartir la ración con los demás.

Jacomo hizo un gesto que podía traducirse por estas palabras: no vivimos en la abundancia, es cierto, pero tampoco carecemos de lo necesario.

Antonio había creído encontrar á sus antiguos camaradas flacos, macilentos y estenuados de hambre, mas por el contrario los veía ágiles, dispuestos y robustos; María continuaba gorda y fresca, y su niño parecía no haber sufrido nada. Antonio había creído que solo se alimentaban de raíces y de frutas silvestres, y al tender la vista sobre la meseta en donde se hallaban acampados, veía huesos perfectamente roídos, es cierto, mas puesto que estaban roídos, era preciso que hubiesen tenido carne. ¿Cómo había llegado aquella carne á manos de unos hombres aislados en la punta de un peñasco? Eso era lo que no podía concebir. Creyó por un instante que algun pastor de las inmediaciones llegaba hasta los bandidos por un sendero oculto, pero pensó en seguida que si hubiese algun camino para ir hasta allí, por el mismo se podría partir; y si así fuese, Jacomo no se hubiera divertido en pasar doce días encaramado en lo alto de la montaña como un gallo en la punta de un campanario. No comprendía nada y era cosa para desesperarse.

Llegó el momento de colocar los centinelas, y Antonio ofreció sus servicios al jefe, que no quiso admitirlos, diciendo que debía hallarse muy fatigado por las emociones que habria experimentado y el largo camino que había andado, y que ya le tocaba su turno en los días siguientes.

Diez minutos después todos dormían, escepto Antonio y los que montaban la guardia.

Al día siguiente se despertaron tan alegres como las aves: ellas que se oían cantar al pie de la montaña: solo estaba cansado Antonio, porque su pensamiento había velado obstinadamente, y no había podido cerrar los ojos en toda la noche. A las siete de la mañana el jefe leyó la lista, tocó á un hombre con el dedo y le dijo: «a tu turno.» El bandido partió con otros dos sin decir una palabra. Antonio se ofreció también para uella expedición, fuese cual fuese.

—Es inútil, le respondió Jacomo sin entrar en explicaciones, basta con tres hombres.

Cuatro horas después el gefe examinó el sol y dijo: ya es ora de comer.

Cada uno se colocó en su sitio y sirvieron la comida, que se componía de dos perdices, una liebre y medio cordero como de ocho a diez días. El gefe partió por sí mismo los pedazos con una imparcialidad que le hacía honor: el agua podía beberse a discreción, porque en la misma cima de la montaña brotaba una fuente. Nadie habló de pan, y Antonio estaba tan aturrido de lo que veía, que dudaba si lo que faltaba para hacerlo era el horno o la harina.

Hémos aquí corrientes hasta mañana a la misma hora, dijo el gefe a Antonio, porque aquí no hacemos mas que una comida, y ya ves que nos conservamos buenos. La sobriedad es una semi-virtud, y cada uno de nosotros tiene ya una decena de virtudes. Así tenlo entendido, y aprieta la cintura para que la digestión se haga lo mas lentamente posible. Antonio hizo un gesto que pretendía pasase por una sonrisa, y luego se puso a jugar a la morra con tres de sus compañeros, en lo cual invirtió dos horas. Al cabo de aquel tiempo, el gefe le dio un golpe en el hombro: iba a proponerle el dar un paseo por la meseta; Antonio se apresuró a aceptar.

Jacomo en aquella escursión hizo que Antonio le repitiese todos los pormenores de su prision y de su fuga. El bandido, al referirle la misma historia que ya habia contado, volvía la vista a derecha e izquierda. De repente descubrió la entrada de una caverna.

—¿Qué es eso? preguntó con indiferencia al capitán.

—Nuestra cocina: le contestó aquel lacónicamente.

—¡Ah!... ¡ah!... exclamó Antonio.

—¿Quieres verla? le preguntó el gefe.

—Con mucho gusto: le replicó el bandido con presteza.

—La hemos puesto escondida de este modo, prosiguió Jacomo, para que los franceses no vean el humo.

—Bien pensado, dijo Antonio.

—Porque si le viesen calcularian que con un calor como el que hace, solo encendemos lumbre para cocer nuestros viveres, y conviene que crean que carecemos de ellos.

—En cuanto a eso, capitán, dijo el bandido, te respondo de que lo creen, y a la hora presente tú y los compañeros vivís del aire u os comeis unos a otros.

—¡Imbéciles!... dijo el capitán encogiéndose de hombros. Antonio, sin decir nada, tomó su parte del apóstrofe y entró en la gruta y la examinó con cuidado: sondeó sus paredes con el puño y produjeron un sonido muy apagado, prueba evidente de su mucho espesor: golpeó el suelo con el pie, y ningún ruido denunció profundidades ocultas: dirigió la vista hacia la bóveda, y no tenía mas abertura que una grieta natural, por la cual se escapaba el humo. En medio del hogar habia un poco de lumbre, y en ambos lados unos morrillos de madera toscamente labrados, sostenian todavía la baqueta de la carabina que acababa de servir para asar la comida.

—¿Qué agujero es ese? dijo Antonio señalando con el dedo una concavidad que no habia distinguido al principio, y que habituándose a la oscuridad, acababa de descubrir.

—Es nuestra despensa, dijo el gefe.

—Sin duda estará bien provista, respondió Antonio con aire de duda.

—No muy mal, como puedes ver.

Antonio se subió sobre una piedra que parecia haber sido colocada allí como estribo destinado a facilitar las comunicaciones, alzándose sobre las puntas de los pies, y pudo dirigir su vista por el hueco. Vió allí el resto del cordero de que se habia consumido una parte en la comida, dos o tres perdices y algunos pajarillos de la especie de los mirlos y zorzales.

—¡Diablo!... capitán, dijo Antonio apoyando los talones en el suelo y agarrándose con una mano en el ángulo de la despensa: teneis proveedores que entienden de provisiones, y si no os las suministran con abundancia, por lo menos las escogen delicadas.

—Si, contestó el capitán riéndose; los pobres diablos trabajan como para ellos.

Antonio miró al capitán con un aire que quería visiblemente decir: ¿que me lleve el diablo si comprendo nada!... pero Jacomo pareció no advertir aquella mirada interrogatoria, y saliendo de la gruta continuó su paseo seguido de Antonio, quien volvió a fijarse en la idea de que los aldeanos se aprovechaban de la noche para llevar provisiones a la banda.

El resto del día transcurrió sin que se tratase de cocina ni de viveres, porque parecia que cada uno, al entablar semejante conversacion, temia despertar el hambre que comenzaba a agitarse en todos los estómagos.

A las nueve de la noche, el capitán designó a Antonio para entrar de guardia: tomó una carabina, se llenó la canana de cartuchos, e hizo un movimiento para dirigirse a su puesto, pero deteniéndose al punto:

—Capitán, dijo, si se acercase alguno a mí, ¿le haré fuego?

—Indudablemente, le respondió Jacomo.

—Pero y si fuese...

—¿Quién?

—¿No me entendeis?

—No.

—Un amigo, por ejemplo: e hizo un gesto que espresaba su pensamiento, llevándose el índice de la mano derecha a la boca, que abría cuanto le era posible.

—¿Un amigo?... repitió el capitán ¡imbécil!... como no nos venga del cielo no puede ser, porque estamos demasiado bien guardados para que nos venga de la tierra.

—Pues yo no lo sabia, dijo Antonio encaminándose a su puesto.

La noche fué tranquila, y ningún amigo ni enemigo se presentó a perturbar la guardia de Antonio. Al rayar el alba el capitán le hizo relevar. Cuando llegó a la meseta oyó, como la víspera, que el capitán decía a uno de sus camaradas: «a tu turno,» y vió que aquel hombre, como el del día anterior, marchó inmediatamente acompañado de otros dos bandidos.

Dos horas después volvieron los tres hombres: Antonio miró con atención al que habia sido designado por el gefe, y solo le observó algunos arañazos en las manos y en el rostro.

Antonio se hallaba rendido de fatiga, pues hacia dos noches y dos días que no habia descansado; buscó una sombra, se formó una almohada con un haz de ramas, se envol-

vió en su capa y durmió profundamente, hasta que le despertaron para ir a comer.

La comida de aquel, como la del anterior, se compuso de caza muy delicada: Antonio observó la misma regularidad en la partición, la misma abundancia de agua y la misma carencia de pan.

Al día siguiente se repitieron los mismos incidentes, y el que le sucedió no produjo ninguna variación en el género de vida. En fin, transcurrieron seis días, y Antonio habia hecho seis comidas a hora fija, sin haber podido averiguar todavía por qué medio se renovaban las provisiones en la despensa milagrosa.

La mañana del día sétimo, Antonio fué a pasearse pensativo por la estrechidad del peñasco que miraba hacia el mar, porque reflexionaba que ya no le quedaban mas que veinte y cuatro horas para descubrir un secreto que buscaba en vano ya hacia siete días. Apenas tendió la vista por el valle, cuando descubrió al maldito coronel en el mismo sitio en donde habia jurado reunirse, con el anteojo encaramado, y a su lado el obeso doctor. Por el movimiento que hizo el coronel al verle, Antonio comprendió que le habia conocido, porque entregó su anteojo al cirujano, que miró a su vez, e hizo un signo con la cabeza como para decir: teneis razon, coronel, efectivamente es él.

—Si, si, teneis razon, decía para sí Antonio, es el imbécil, el estúpido Antonio: después miraba con una atención particular los hermosos árboles que rodeaban el grupo que le examinaba con tanto cuidado, y pensaba cual seria el que debia elegir para ser ahorcado mas cómodamente. Estaba sumergido en la mas profunda de estas reflexiones, cuando sintió un golpe en el hombro: se volvió con la mayor presteza y vió al capitán de pie detrás de él.

—Te buscaba, dijo Jacomo.

—¿A mí, capitán?

—Si, te ha tocado el turno.

—¿El turno?... dijo Antonio.

—Sí, el turno.

—¿Y qué he de hacer?

—Pardiez, ir a la provision.

—¡Ah!... exclamó el bandido.

—Vamos, date prisa, prosiguió Jacomo, ya ves que tus camaradas te están esperando allá abajo. Antonio siguió con la vista la dirección que le indicaba la mano del capitán, y vió efectivamente dos compañeros que le hicieron una seña con la cabeza.

—Voy allá, dijo Antonio, y se reunió a ellos perder sin un momento.

Los tres se avanzaron entonces silenciosamente hacia una parte del peñasco cortada tan perpendicularmente a pico, y a tanta altura, que el coronel habia juzgado inútil colocar allí ni puesto ni centinela. Cuando llegó al borde de aquel precipicio, y mientras que Antonio le examinaba con la tranquilidad de un montañés, uno de sus compañeros dió algunos pasos a un lado, registró en una mata de encina, sacó de ella un talego y una cuerda, y dirigiéndose a Antonio, le puso el talego en el cuello y la cuerda debajo del brazo.

—¿Qué diablos vais a hacer?... dijo éste a quien ya comenzaba a inquietar aquella ceremonia. Uno de los dos hombres se tendió entonces boca abajo, de manera que solo su cabeza sobresalía sobre el precipicio:

—Haz lo que yo, le dijo a Antonio.

Antonio obedeció, y se colocó al lado de su compañero.

—¿Ves aquel árbol? dijo señalándole con el dedo un abeto que crecía en las hendiduras del peñasco, a veinte pies por debajo de ellos, y a mil sobre el nivel del valle.

—Si, contestó Antonio.

—¿Detrás del abeto, ves un hoyo?

—Si, respondió Antonio.

—Pues bien, en ese hoyo hay un nido de águila: vamos a descolgarte hasta el abeto: te agarrarás con una mano, y con la otra registrarás el nido: lo que encuentres lo meterás en el saco.

—¿Cómo, los aguiluchos? dijo Antonio.

—No; la caza que les traen el padre y la madre, de la que nos comemos las tres cuartas partes, y ellos la restante.

Antonio sin poder contenerse dijo:

—¿Y quién ha concebido esa idea?

—El gefe, le replicó el bandido.

—¡Sublime!... exclamó en voz alta Antonio, y golpeándose la frente. ¡Y voy a hacer traición a ese hombre!... dijo por lo bajo y suspirando.

En efecto, Jacomo acosado como una fiera, aislado en la punta de un peñasco, y sin comunicacion con la tierra, habia encargado a las águilas del cielo que fuesen sus proveedores, y los bandidos del aire y de la montaña, dividían entre sí la presa como buenos hermanos.

Aquella misma noche desapareció Antonio.

III.

Al día siguiente el coronel mandó formar su regimiento y después de pasarle revista:

—¿Quiénes de vosotros, dijo, sois capaces de romper una botella a los tres tiros, a ciento cincuenta pasos de distancia, con el fusil de munición?

Tres hombres salieron de las filas.

—Probemos, dijo el coronel.

Fué colocada una botella a la distancia señalada.

Uno de los tiradores rompió las tres botellas, y una cada uno de los otros dos.

—¿Tú nombre? preguntó el coronel al que habia dado tan extraordinaria prueba de destreza.

—Andrés, contestó el cazador, apoyando una mano sobre su fusil, y retorciéndose el bigote con la otra, y me hallo dispuesto a servirlos si me conceptuais capaz de algo, añadió con ese movimiento de hombros tan solo peculiar del que ha llevado diez años la mochila.

—¿Ves aquella águila que da vueltas por encima de nosotros?

El cazador se puso la mano en la frente por encima de los ojos a manera de visera, y levantó la cabeza.

—La veo, mi coronel: y luego añadió con la satisfaccion interior del soldado contento de sí mismo: gracias a Dios no soy miope.

—Pues bien, añadió el coronel, si la matas te se darán diez luises.

—¿A esa distancia? repuso el cazador.

—A esa o a cualquiera otra.

—¿Al vuelo?

—Al vuelo o parada: eso tú lo has de calcular: si es preciso ponte en espera día y noche: durante treinta y seis días te dispense de todo servicio.

—Pues bien, cuco mio, ¿lo oyes? dijo el cazador a la águila, como si el rey de los aires hubiera podido oírle: ponte bien el gorro; no te digo mas.

Luego, con el cuidado minucioso de un cazador, comenzó a preparar su fusil, le puso una piedra nueva, pasó un trapo por lo interior del cañon, escogió entre sus cartuchos aquellos cuyas balas le parecieron mas en armonía con su calibre, llenó su cantimplora de aguardiente, tomó un pan de munición debajo del brazo, y se alejó entonando una canción militar cuya letra decía:

¡Oh! que el ser gendarme
es un triste estado,
al paso que es noble
el de ser soldado.

Lo cual probaba que el cazador se encontraba perfectamente contento con su posición y el rango elevado que le daba en la sociedad.

El coronel se sentó fuera de su tienda, siguiendo con la vista a aquel en cuya destreza cifraba su esperanza: luego cuando se ocultó en un bosquecillo de abetos que cubría el pie de la montaña, fijó sus miradas en el águila, que describiendo siempre ese vuelo circular habitual a las aves de rapiña, se iba aproximando progresivamente a la cima del peñasco. De repente se dejó caer con la rapidez del rayo, y volviéndose a remontar en seguida con una liebre en las garras, fué a meterse en el agujero que la servía de nido.

Cinco minutos después volvió a aparecer, y fué a colocarse en lo alto de un peñasco que tenía la forma de aguja. Apenas habia plegado sus alas, se oyó un fusilazo, y el águila cayó.

Diez minutos después, Andrés salía del bosquecillo con su caza en la mano.

—Ved ahí la gallina de Indias, dijo arrojando su caza real a los pies del coronel; es un macho.

—Y he ahí tus diez luises, le contestó su gefe.

—¿Se dan otros tantos por la hembra? prosiguió Andrés.

—El duplo, le respondió el coronel.

—¿Veinte luises!... Pues teneis muy mal gusto en pagar a tan subido precio semejante volátil, que no sirve para el rancho del soldado: pero es igual; no hemos de disputar sobre gustos. Tendreis vuestra hembra, y si quereis disecar ambas aves, reunireis un par de animales muy hermosos.

—¿Lo oyes? veinte luises; repitió el coronel.

—Basta, basta, dijo Andrés, guardándose en el bolsillo los diez que acababa de recibir, lo he oído: perded cuidado que no volveré con las manos vacías.

Luego se puso en camino silbando su canción favorita.

Aquella vez no volvió hasta la mañana siguiente, pero como la víspera, habia cumplido su palabra.

—¡Ah!... exclamó el coronel saltando de alegría.

—Metida hasta la tercera abrazadera, dijo Andrés tocando en su bolsa.

El coronel le miró sonriéndose.

—¿Qué haces? continuó.

—Ya lo veis, toco llamada.

—Toma, le dijo el coronel presentándole la bolsa.

—Entrad en el cuartel, reclutad misos, dijo Andrés, introduciendo en su bolsillo a los recién llegados: ahí encontrareis a los antiguos y les dareis muchas espresiones de mi parte.

—Ahora, le dijo el coronel, puedes retirarte: ya no te necesito.

—Quereis que os las desplume.

—Gracias.

—Es que por el precio os debia eso: pero no os incomodeis, mi coronel, suponed que nada he dicho, pues no ha sido mi ánimo ofenderos.

Diciendo estas palabras, Andrés se cuadró, hizo el saludo militar, y salió.

—Capitán, dijo al día siguiente a Jacomo el bandido que volvía de la provision, no hay nada en el nido.

—¿Han volado los aguiluchos? exclamó el capitán estremeciéndose.

—No, están allí todavía, pero sin duda a los padres les habra parecido que comían demasiado, y se han cansado de alimentarlos.

—Está muy bien, dijo Jacomo, hoy viviremos como podamos con los restos de ayer.

Al día siguiente el mismo Jacomo quiso ir a la provision, e hizo que le atasen la cuerda alrededor del cuerpo y que le descolgasen. Cuando llegó al nido, introdujo en él la mano, y vió que los aguiluchos habian muerto de hambre.

—Ese infame Antonio nos ha vendido, dijo el gefe. Aquel día los bandidos se comieron uno de los aguiluchos, y en los dos siguientes la mitad del otro en cada uno.

Después de comer, Jacomo se aproximó al borde del peñasco, y vió al coronel que tenia encarado el anteojo a la cima de la montaña. Conversaba con el doctor, a quien habia levantado el arresto el día que supo por qué medio proveían a su sustento Jacomo y sus bandidos. El coronel le vió, puso un pañuelo blanco en la punta de su espada, la levantó y la agitó. Jacomo comprendió que se le ofrecía parlamentar: llamó a Maria, la dijo que se quitase el delantal, y atándole a la punta de un palo como una bandera, le plantó en la cresta mas elevada de la montaña. El coronel vió que se hallaban dispuestos a escuchar sus proposiciones, y preguntó si habia alguno que voluntariamente se encargase de llevarlas. Se presentó Andrés.

(Se concluirá.)

MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.

OFICIOS DE LA IGLESIA

CON LA ESPLICACION DE LAS CEREMONIAS

DE LA SANTA MISA.



La obra que anunciamos, revisada por la censura eclesiástica, es acaso la mas notable y mas nueva que en su género se ha publicado en nuestro pais: se compone de oraciones de la Iglesia y de rezos y meditaciones sacadas de las obras de algunos santos, tales como San Agustin, San Bernardo, Santa Teresa, San Francisco de Sales, y de escritores sagrados, como el autor de la *Imitacion de Jesucristo*, Bossuet, y Fenelon.

Hemos escogido estas oraciones inspirados por el deseo de dar á las almas piadosas el medio de elevarse lo mas posible en sus pensamientos, y alabar mas dignamente al Señor, tomando los sentimientos y el lenguaje mismo de esas santas y magníficas inteligencias, que tanto se han aproximado á él.

Hemos creído que toda persona atenta á su salvacion, desearia encontrar páginas en las que pudiera pedir las luces de la fé con San Agustin, penetrarse del amor divino con Santa Teresa, prepararse á la Santa Comunión con el libro de la *Imitacion*, arrostrar los combates de la vida, el último sobre todo, la hora de la muerte, con Bossuet, y sostenerse en medio de las decepciones y de las amarguras de este mundo con Fenelon.

Hemos procurado que este libro sea útil á toda clase de personas, y muy particularmente á los que desean y necesitan mayor instruccion, y creemos que satisfará sus deseos, pues no solo hallarán en él considerable número de oraciones y rezos, sino tambien muchas lecciones instructivas. Las ceremonias santas y misteriosas del culto católico, especialmente las de la Santa Misa, han sido objeto de esplicaciones razonadas.

Este libro se divide en dos partes, que en rigor podrian estar separadas completamente. La primera comprende los rezos de la mañana y de la noche, las oraciones para la Confesion y la Comunión, el ordinario de la misa; el propio del tiempo para todos los domingos, y el oficio de las principales fiestas y de los últimos dias de la Semana Santa. La segunda parte del libro esta destinada á las oraciones y meditaciones sacadas de los autores ya citados.

De la sencilla esplicacion que precede, se deduce que lo que vamos á dar no es un *Devocionario* para llevarlo á la iglesia como ob-

jeto de lujo mas bien que con un fin piadoso, sino un verdadero libro de oraciones para todos los dias del año, para todas las solemnidades y para todas las circunstancias de la vida: un libro de rezos y de instruccion moral á la vez, como no existe ninguno, propio para las personas piadosas de cualquier edad, sexo ó categoría, que buscan en nuestra religion sacrosanta el mejor remedio á sus males, el verdadero consuelo á sus penas, y la única tabla de salvacion en el mar proceloso del mundo.

Los OFICIOS DE LA IGLESIA formarán un volumen de 300 á 400 páginas en 4.º mayor á dos columnas, edicion muy esmerada y correcta, en buen papel, con 84 láminas aparte del testo. Toda la obra se dividirá en 24 entregas de á 32 columnas de testo cada una, y cuatro láminas aparte, dándose la entrega en un real en Madrid y real y medio en provincia, por el correo, franco el porte, como obra perteneciente á la BIBLIOTECA ESPAÑOLA. Con objeto de apresurar la publicacion, se repartirán todas las semanas cuatro entregas reunidas bajo una cubierta, al precio de 4 rs. en Madrid, y 6 en provincia; de modo, que en poco mas de un mes, quedará terminada la obra. A los que prefieran recibirla en tomos, se les dará encuadernada á la rústica con una bonita cubierta, pagando 24 rs. adelantados en Madrid, y 30 en provincia por los ordinarios, ó 36 por el correo. Concluido el reparto, se cerrará la suscripcion, y ni un solo ejemplar se dará á menos de 40 rs. en Madrid y 50 en provincia.

Las cuatro entregas primeras se repartirán el dia 2 de noviembre sin falta, y desde este dia se hallarán de muestra dichas entregas en Madrid y en las comisiones de provincia, advirtiendo que la impresion está muy adelantada, y el reparto se hará sin interrupcion, en el plazo que queda señalado.

Se suscribe en Madrid, en el establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en el despacho del mismo, calle del Príncipe, núm. 25. En provincia, ultramar y el extranjero, en casa de los corresponsales de dicho establecimiento y de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA. Los precios de ultramar y del extranjero los señalan los corresponsales segun la localidad, la forma y costo de las remesas.

DEPÓSITO EN PARÍS, rue de Provence, núm. 12.